

su propia mano, unos 3,500 lobos, 208 osos y 200 lince.

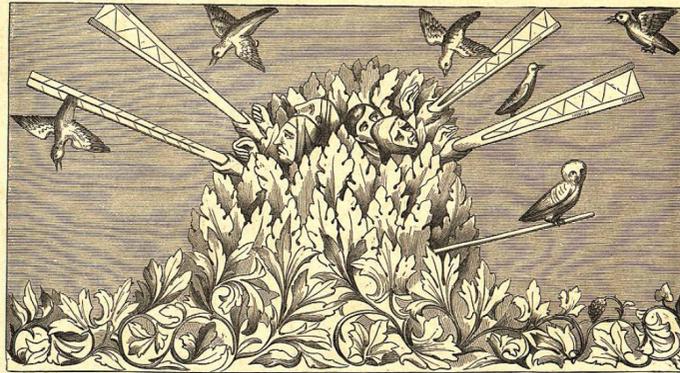
En los bosques de la Alemania septentrional existían alces y bisontes, y en todo el imperio alemán multitud de lobos, osos, lince y castores. El capricornio había desaparecido, en 1650, de los Alpes alemanes, pero se veían algunos ejemplares en los jardines zoológicos, ya muy en boga, en el siglo xvi, en las principales cortes.

En 1686 se mató en Tunnga el último oso que vagó por aquellos contornos.

La nobleza alemana se entregó con furia á la caza

con halcón, en que tomaban parte las damas y caballeros, con grande acompañamiento y estrépito.

El más acabado modelo de cazador inteligente en cetrería fué el emperador Alejandro II. Aprendió el arte, en Asia, en tiempo de las Cruzadas. De las prácticas hizo un cuerpo de doctrina y muchas investigaciones útiles de la naturaleza de los halcones, escribiendo, más tarde, un libro de cetrería que ha merecido siempre grande estima. Este monarca fué muy exigente con los halconeros, que debían ser hombres verdaderamente perfectos en su ramo, pues Federico exigía de ellos robustez de cuerpo, inteligencia muy



Caza entre el follaje (facsimile de una miniatura del *Manuscrito del rey Modus*; siglo xiv)

desarrollada, obediencia incondicional, grande autoridad y vigilancia en el cuidado de las aves de caza, tanto de día como de noche; gran sobriedad, adhesión, gran resistencia á pie como á caballo; en una palabra: todo aquello que sea digno de admiración en el hombre debía hallarse personificado en ellos.

Cual era el estado de la caza en el siglo xvi (?) se puede deducir de los siguientes datos oficiales: El duque Juan I, Elector de Sajonia, mató desde el año 1611 á 1655, es decir, en un período de 44 años, 46,919 ciervos y corzos, 1,040 gamos, 31,902 jabalíes y 37,049 alimañas de todas clases, que hacen una suma de 116,910. Juan Jorge II, su sucesor, mató, desde el año 1660 á 1680, ó sea en 20 años, 111,141 piezas, casi todas pertenecientes á la caza mayor. Naturalmente, estas cacerías se verificaban, por regla general, en caza cerrada, como se denominaba entonces, por encerrarse entre telas la caza de una comarca, que previamente se había ojeado para reunirlos en un gran cercado, cuyos muros

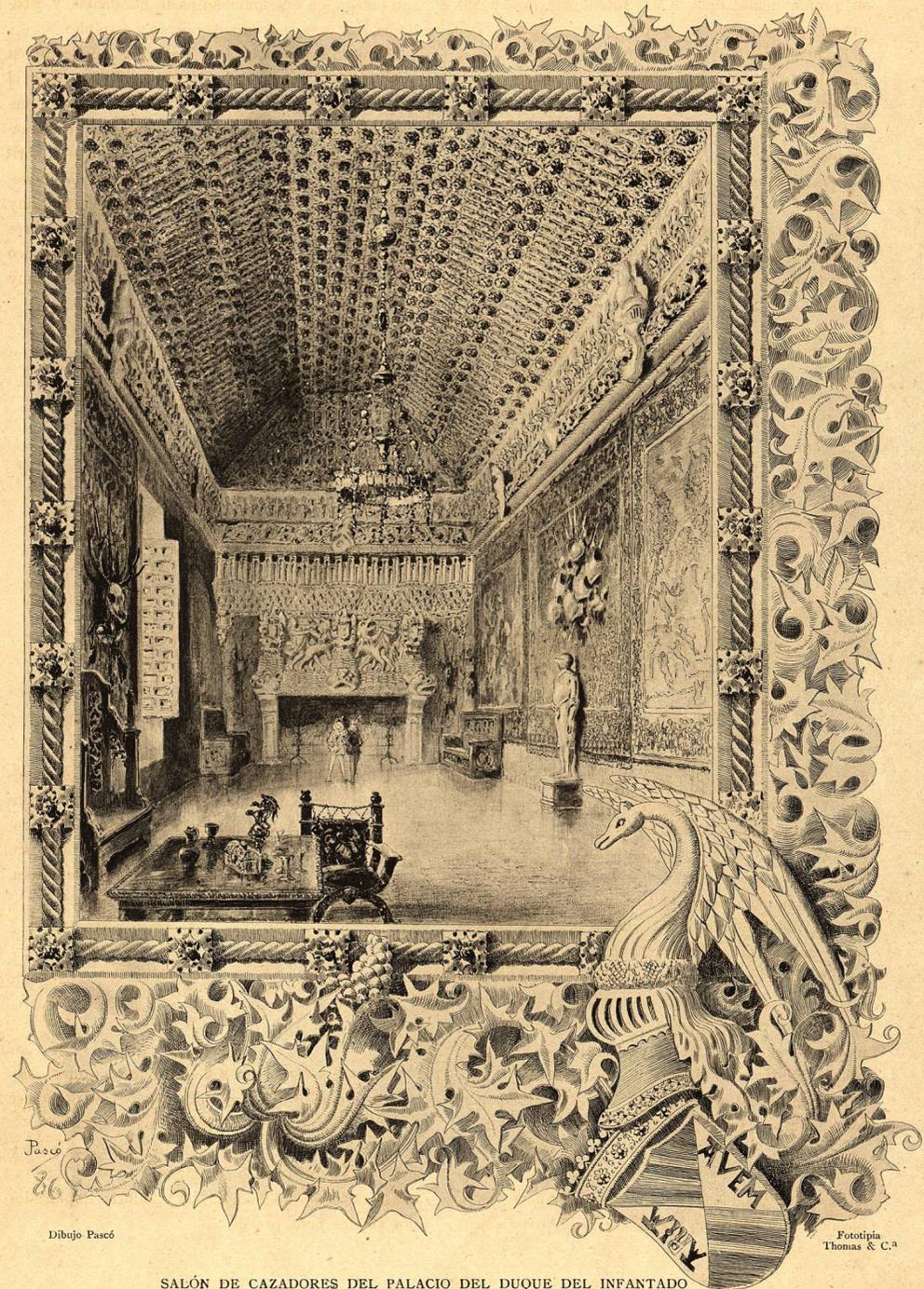
eran de telas de lona ó de grandes redes. Los príncipes mataban por su propia mano casi toda la caza, haciendo alarde de un lujo y magnificencia inusitados, representando escenas mitológicas y otras alegorías. En una de ellas apareció un príncipe vestido de Diana, montado en un ciervo blanco.

III

La historia de la caza, aunque tiene un tinte parecido en toda Europa durante la época feudal, merece que dediquemos algunos párrafos á Inglaterra.

La emigración sajona llevó á Inglaterra las principales costumbres de los germanos.

Los normandos ejercieron la venatoria impulsados por desenfadada pasión.



SALÓN DE CAZADORES DEL PALACIO DEL DUQUE DEL INFANTADO GUADALAJARA (SIGLO XVII)

La caza abundaba en los bosques, apenas turbados por el hacha de los leñadores, y que servían de lugar de acechos y celadas.

Los reyes anglonormandos promulgaron varias leyes acerca de la caza, persiguiendo con rigor las infracciones. Guillermo *el Bastardo*, después de haber subyugado al país, dictó despóticas medidas contra los que fueran osados para matar un ciervo ó corzo, llegando la pena hasta sacar los ojos á los delincuentes. Más tarde la prohibición de cazar los ciervos se extendió á los jabalíes. «Aquel rey,—dice un cronista,—amaba á los animales cual si fueran sus hijos.» Los pobres murmuraban por lo bajo, pero eran vanas sus quejas, y les era forzoso, á todo trance, obedecer.

El rey Guillermo anexionó á su patrimonio real los grandes bosques de Inglaterra, y la caza fué un privilegio, y su ejercicio dependía del albedrío del Rey.

Rezan las crónicas que para plantar un bosque hizo derribar treinta y seis parroquias, expulsando á sus moradores. Este bosque, situado entre Salisbury y el mar, tomó el nombre de *Selva negra*.

Guillermo *el Rojo* persiguió á los que faltaban á la ley de caza, más aún que su padre.

Cuéntase que unos cincuenta sajones que habían logrado conservar algún resto de su antigua fortuna fueron acusados de haber cazado en los bosques reales, y de haber muerto, aprisionado y comido ciervos. Lo negaron, y los jueces normandos sujetáronles á la prueba del hierro ardiente. El día señalado para el juicio, refiere un testigo ocular, todos aquellos infelices sufrieron la tortura sin piedad.

Los sajones perseguidos llamaban, en son de burla, á sus verdugos, *guarda bosques* y *pastores de bestias*, y propalaron rumores siniestros, de suerte que era muy arriesgado aventurarse en los bosques sin ir armado. Las consejas decían que el diablo, revistiendo formas horribles, se aparecía á los normandos, vaticinando desgracias al rey y á sus consejeros.

Por azares de la fortuna, semejante superstición popular tomó cuerpo en la *Selva negra*. En el año 1081,

Ricardo, hijo primogénito de Guillermo *el Bastardo*, se hirió allí mortalmente. En el mes de mayo del 1100, Ricardo, hijo del duque Roberto, y sobrino de Guillermo *el Rojo*, fué muerto de un flechazo; y ¡cosa rara! el propio Rey pereció de idéntica suerte en el mes de julio del mismo año.

El mismo día en que acaeció la muerte de Guillermo, reunió á sus familiares y amigos en su castillo de Winchester, y tras el festín fueron á la cacería. Anudaba el calzado el Monarca, chaceándose y riendo con sus cortesanos, cuando, poniéndose repentinamente delante un aldeano, le ofreció seis flechas. Examinólo

Guillermo *el Rojo*, tomó cuatro, y dió las otras dos á Gualtero Tirel, diciéndole: «Las buenas armas son para los excelentes tiradores.» Gualtero era un francés poseedor de ricas haciendas en el país de Poix y de Ponthieu, y era, además, el amantísimo amigo y confidente del Rey.

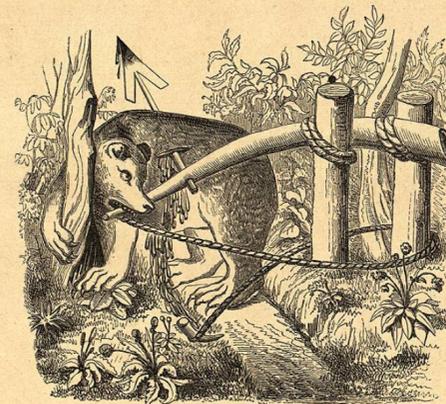
La comitiva iba á emprender la marcha, cuando se presentó un monje del convento de San Pedro, en Gloucester, portador de un pliego del abad para el Monarca. Era el prelado normando de nacimiento,

apellidado Gerlón, y decía, en su carta á Guillermo *el Rojo*, que había tenido en sueños una visión de triste presagio y mal agüero. Había visto á Jesucristo sentado en el celestial trono, y á sus pies prosternada una mujer, que le imploraba exclamando:—¡Salvador del mundo! ¡mira con piedad á tu pueblo gimiendo bajo el duro yugo de Guillermo!

Al leer el Rey semejante mensaje, soltó ruidosa carcajada, y dijo:

—¿Juzgan, acaso, que soy inglés para que me amedrenten los sueños? ¿ó que soy uno de esos insensatos que suspenden su viaje, ó sus negocios, porque una vieja sueña ó estornude? En marcha, Gualtero; á caballo y en marcha.

Enrique, hermano del Rey, y otros muchos señores, le acompañaron al bosque. Sonaron las trompas, y los cazadores se dispersaron; pero Guillermo Tirel permaneció junto al Monarca, y sus jaurías se mezclaron.



Artimaña para coger osos (siglo xv)